

La luz

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros



CORRÍA el tren de París por las campiñas de Francia, acercándose a la frontera de Hendaya. En un departamento iban cuatro hombres y un muchacho, españoles todos. Uno de los hombres era mi padre; el muchacho, yo. El ser compatriotas había creado durante el viaje un clima cordial. Manteníamos animada charla, ignorando quiénes fuesen nuestros compañeros de viaje. Los otros tres, entre sí, tampoco se conocían. Dos de ellos eran madrileños y uno valenciano. Todos veraneábamos en San Sebastián. Casi llegando a la frontera, fue tema de la conversación esa ciudad, a la que todos reconocíamos ser bella y animada. Un madrileño alabó, como uno de sus mayores encantos, el trazado simétrico de las calles donostiarras, todas rectas, paralelas y perpendiculares. El valenciano intervino:

-Para mí -dijo- eso no es un encanto. Las ciudades así no dicen nada. El encanto está en las calles tortuosas y serpenteantes, en las plazas irregulares, en las rinconadas... Si todos los pueblos se convirtieran en San Sebastianes, se habría perdido la posibilidad de encontrar emociones estéticas en ellas. Para veranear agradablemente, bien está la capital de Guipúzcoa, que es bella y alegre; pero para que nos digan algo hondo al alma, las ciudades tienen que ser como Avila y Toledo, o como Cáceres, que es sin duda la más interesante, siendo la menos conocida.

Este último nombre produjo sorpresa y satisfacción en nosotros, cacereños. Mi padre preguntó:

-¿Conoce usted Cáceres?

-Desde luego -dijo el valenciano-. Creo que no hay en España nada tan completo y tan bien conservado. El barrio viejo es una ciudad de hace siglos, entera e intacta.

-Nosotros somos cacereños -aclaró mi padre-. Precisamente, en el barrio antiguo está nuestra casa.

-¿En qué parte? -inquirió el de Valencia.

-En la Plaza de Santa María -dijo mi padre-. Es la que forma uno de los lados, entre la iglesia y el palacio episcopal.

-¿El palacio de Ovando? -preguntó el valenciano.

-Efectivamente -dijo mi padre.

-Lo recuerdo muy bien, como recuerdo toda la ciudad antigua -siguió el de Valencia-. He estado en el palacio de ustedes: entré como turista y ví el patio y las escaleras.

Estábamos llegando a Hendaya y nos dispusimos para apearnos. Cuando el tren, después de detenerse allí y en Irún, continuó su marcha, los comentarios se centraron en torno a los toros, sin volverse a tocar el tema cacereño.

Nos despedimos de los compañeros de viaje en la estación de San Sebastián, sin saber quienes eran y con una inmensa curiosidad por mi parte en relación con el valenciano.

Dos días después, al regresar mi padre del café, al que había ido con unos amigos, me dijo:

-¿Sabes a quien he visto en el café?. Al valenciano del tren. Y asómbtrate de quien es: ¡Sorolla!

La noticia me produjo verdadera impresión. Desde muchacho admiraba profundamente a Joaquín Sorolla, que era uno de mis pintores predilectos; de los actuales, el que más me impresionaba, fundamentalmente, por la luz de sus cuadros. Aquella luz de sol, auténtica, vertida sobre tierra, sobre mar, sobre figuras, que sabía pintar como nadie, causaba en mí hondas emociones.

Mi padre siguió hablando:

-Como nos conocíamos del viaje, nos hemos saludado. Ya somos amigos. Le senté en nuestra tertulia.

-Mañana voy contigo al café -dije-; quiero conocerle.

Al día siguiente, en el café, conocí a Sorolla. Mi padre le dijo que yo era un gran admirador suyo. El me preguntó:

-¿Qué te gusta de mis cuadros?

-La luz -dije sin vacilar-. Para mí, usted es la luz.

Realmente, con mi juvenil inexperiencia, poco más podía decirle de su pintura. Yo no era capaz entonces de hacer juicios críticos.

-No está mal -comentó-. La luz es la vida misma. «Yo soy la luz», dijo Cristo.

Charlé varias veces con el artista en días sucesivos. Me trataba con deferencia, pese a mi poca edad, porque captó que, realmente, era un fervoroso admirador de su pintura.

Más tarde le encontré en Madrid y continuamos el trato cordial.

Estuve en su estudio, vi muchos cuadros de él y me contó algunas cosas. En los comienzos de su carrera artística sufrió estrecheces, considerándose feliz cuando en una ocasión pudo vender un cuadro por ocho duros. En Roma, a los veinte años, se propuso entrar en una fiesta de embajada sin invitación, teniendo que vestirse de mujer, para lograr su deseo.

Al casarse, fijó por algún tiempo su residencia en Italia, en Asís, la ciudad perfumada por el recuerdo del seráfico Francisco.

De todo esto y de otras cosas me habló en diversas ocasiones. Charlamos también de Valencia y de la costa mediterránea. Aunque me eran conocidas, sus charlas me hicieron reparar en detalles y bellezas no captadas por mí durante mis estancias en aquellos parajes. Con frecuencia recordaba nuestra primera conversación en San Sebastián:

—Nunca se me olvida aquello de «usted es la luz». Me hizo un gran efecto.

Yo insistía en que la luz era lo que más me impresionaba de su arte impresionista, aunque ya supiese valorar otras calidades.

No fué largo el trato, porque el 16 de Agosto de 1923, a los sesenta años de edad, en Cercedilla, Joaquín Sorolla dejó de existir. Acababa de ser elegido Académico de Bellas Artes, cuando los ojos del pintor luminoso se cerraron para siempre a la luz...

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCANTARA» -:- Cáceres

LA MÁQUINA
S
DE
C
A
Z - I
O
C
A
N
A
L

La máquina excavadora es un monstruoso cangrejo que ha sufrido la atrofia de una de sus pinzas.

Los pantanos son el engorde de un río.

Lo último de los hombres es el esqueleto; en los modernos edificios, el esqueleto es lo primero.

Nos vamos a la cama con el instinto ancestral de nuestros antepasados marsupiales.

Mi brasero es honesto y se ruboriza por el «enchufe» a que le obliga la necesidad.

A la mayor parte de los hombres les impresionan las palabras muy continentales, aunque maldito si digieren el contenido.

El picador es un vampiro torpe que derrama la sangre del toro, porque no sabe sorbársela.

Las ideas de la pistola y del *gangster* nacieron de esa mano con el índice conminatorio que, pintada en la pared, nos indica el pasillo que hemos de seguir.

Hay unos ceniceros tan ostentosos que son como el mausoleo que la gente rica dedica a los restos de sus habanos.

JOSÉ CANAL